

# La estatua de yeso

Víctor Hugo Fernández



# Capítulo 1

## La Estatua

Eran las siete de la mañana cuando Paula se levantó de puntillas para no despertar a su esposo Javier, se metió en la ducha y dejó que el agua tibia la despertase, luego de quince minutos cerró el agua y secándose con cuidado se vistió y se maquilló en el espejo aún empañado. Bajó la escalera, tomó un café amargo en la cocina y abrió la puerta de entrada dirigiéndose a la cochera. Subió al auto y encontró una nota pegada al parabrisas que en letras rojas decía: ¡Este día morirás perra! .En un arranque de histeria, subió las escaleras y despertó a su esposo.

-Despertáte por favor, mirá lo que me dejaron en el auto.

-Qué te pasa, respondió Javier aún somnoliento.

-La nota, mirá la nota, la puta madre.

Javier ya despierto leyó el papel con una mezcla de angustia y desesperación, bajó hacia la cochera y observó el auto, era un *Volvo* modelo dos mil dieciséis, todo estaba en su lugar, ni siquiera un rayón.

Se fijó en la entrada estaba todo cerrado, no había ningún indicio de violación a la propiedad, en definitiva solo estaba esa macabra nota.

Javier llamó a la policía y describió con detalle lo ocurrido, el agente de turno de la comisaria tomó nota y requiriéndole la dirección de la casa le dijo que le mandaría una patrulla pero le aclaró que si no había ningún indicio de violación a la morada, no podría hacer mucho. Le preguntó si tenían él o su esposa algún tipo de enemigos a lo que dijo que no.

-Quédense tranquilos y esperen a la patrulla. Unos veinte minutos después llegó el móvil.

-Buen día soy el sargento Montes, dijo el policía al verlos esperándolo en el portón, Cuénteme lo que ocurrió y a qué hora sucedió.

Me levanté a la mañana como siempre y después de desayunar, salí de la casa hacia la cochera y encontré esta nota en el parabrisas del auto.

El sargento la leyó y luego de haber verificado la ausencia de violencia en el automóvil, en la entrada de la casa y en la cochera, sentencio:

-Esto es bastante extraño ¿Alguna otra persona tiene copia de la llave?

-No que recordemos, dijo Javier y lo confirmó su esposa.

-Bueno no nos queda otra que esperar.

-Esperar, usted está loco, dijo Paula en un ataque de ira contenida.

-No tenemos nada en que trabajar, recorreremos el barrio en busca de algo anormal, es todo lo que puedo prometerles hasta ahora, dijo el oficial y sin más preámbulos se subió a la patrulla y se fue.

-Mira, lo mejor que puedes hacer es ir a trabajar Paula, le dijo Javier. No podemos hacer nada más que esperar. Yo por mi parte iré a comprar unas cámaras de video junto con un DVR para filmar y grabar la entrada principal y la cochera de la casa.

-Quizás sea lo mejor, dijo Paula dándole un beso distraído en la comisura de los labios.

Paula trabajaba para una empresa de autopartes, se desempeñaba como ingeniera y realizaba su trabajo en el primer piso de la empresa.

El trabajo no estaba mal y la paga, si bien no se convertía en un gran cheque a fin de mes, le permitía darse sus gustos pero todo eso estaba a punto de cambiar. Una rueda en llanta le hizo estacionar al costado de la circunvalación y un auto que la seguía desde su casa estacionó un poco más adelante.

-¿La ayudo? Intervino el desconocido del auto. No es un lugar para estar mucho tiempo detenido, remarcó el desconocido.

-Si gracias, contesto Paula, parece que se pinchó la rueda derecha delantera. Es raro porque las cubiertas son nuevas, seguramente debe haber sido algún clavo.

-Seguramente, contesto el desconocido. Déjeme ver si en su baúl esta la rueda de auxilio. Aquí está, tómela, póngala junto al auto así saco la llave para desajustar la rueda pinchada.

-¿La dejo aquí? pregunto Paula dándole la espalda.

Pero ya era tarde, antes de que pudiera darse vuelta, el desconocido le pegó con fuerza en la nuca, dejándola inconsciente. De prisa pero sin perder su seguridad, la tomó con sus manos la colocó en el baúl de su auto, lo cerró y se dio a la fuga. Detrás de él quedaba el *Volvo* modelo dos

mil dieciséis abandonado en la ruta.

Mientras tanto en la circunvalación un auto de la policía se estacionaba detrás del *Volvo*.

- Aquí Sargento Ramírez, central ¿Me copia?

- Copiado sargento Ramírez, dígame.

- Aquí en el kilómetro diez de la circunvalación camino a Jesús María, veo un auto estacionado a la par de la ruta, el mismo se allá abandonado sin ningún conductor. Le paso el dominio para que verifique la procedencia del vehículo.

- Proceda sargento Ramírez.

- Automotor marca *Volvo* blanco patente AB1832

- El automotor aún no tiene pedido de captura, se haya a nombre de Paula Rubio domiciliada en la calle Tristán Narbaja 3600 de Arguello.

- Permanezca allí, ya va en camino la policía judicial.

Entre tanto en un galpón abandonado, Paula se despertaba con un fuerte dolor en la nuca, sus manos se hallaban atadas a una barandilla amurada a la pared, sus ojos estaban vendados, pero podía escuchar la conversación de dos hombres.

- Como se lo prometí jefe, la dejé atada y con una venda en los ojos, ahora le toca su parte.

- Si por supuesto ¿Diez mil pesos, verdad? Acá tenés, extrajo de la campera una nueve milímetros y le pego dos tiros al pecho.

- No es bueno dejar cabos sueltos, dijo fríamente.

Al sentir los disparos el terror se apodero de Paula y comenzó a gritar.

- Nadie te escucha le respondió la voz, pero no te preocupes que pronto no vas a gritar más.

Esa voz la conozco se dijo para sus adentros Paula -¿Sos vos Diego?

- Me descubriste, parece que no te vas a morir sin saber quién te va a matar, pero descuidá que vas a estar cerca de nosotros.

-Pero vos estas enfermo, eras el marido de mi hermana.

-Sí, la que falleció hace casi un año por una fibrosis quística, cuyo tratamiento no me aprobó la mutual y ustedes no nos dieron ni una triste mano. ¿Te acordás de sus ahogos producto del intenso moco que se iba pegando a sus pulmones, o de su falta de oxígeno? Dios sabe cuanto necesitábamos de un respirador artificial para las noches y ver que no estaba a nuestro alcance, nos desesperaba. Nunca vimos ni una puta moneda de ustedes. Porque no me vas a negar que ustedes están en una posición económica mucho más cómoda que la nuestra. Pero descuida que todo se paga y no te voy a matar hasta que te saque la última moneda. Y ahora vasta de charla. Y con una cinta de embalar Diego tapo la boca de su víctima.

En el kilómetro diez de la circunvalación llegaba el detective Escudero junto con la gente del departamento judicial.

-Acordonen toda el área, dijo el detective, No quiero curiosos en la zona.

-Mire detective, dijo Lidia del departamento forense, cerca de la rueda del auto encontramos rastros de sangre y algunos cabellos.

-Tomen las pruebas y analicen si son de la misma persona. Me acaban de informar que esta mañana la presunta conductora del auto realizo una denuncia por amenazas contra su vida.

-Me voy a su casa ahora, para seguir investigando.

-Entendido detective, contestó Lidia.

El detective Escudero se presentó en la casa de Paulina, al llegar, fue atendido por su esposo.

-¿Usted es el esposo de Paula Rubio?

-Si detective, Javier Tapia es mi nombre.

-Bien, tengo una noticia para darle. Se ha encontrado el auto de su mujer en la circunvalación a la altura del kilómetro diez de Jesús María.

-¿Paula está bien? Pregunto Javier con desesperación ¿Le paso algo?

-No lo sabemos todavía, por eso estamos aquí ¿Hay algo más que pueda aportar?

-No mucho detective, salvo la nota que vimos esta mañana.

- Muéstremela por favor.

-Aquí la tiene, dijo Javier mientras extendía el papel al detective.

-Es bastante intimidatoria, me la llevo para ver si podemos obtener alguna huella dactilar, o algún tipo de indicio que nos lleve al criminal.

- Y yo que puedo hacer, entienda que no me puedo quedar con las manos cruzadas.

- Tranquilícese, por ahora no puede hacer nada, sólo aportar alguna otra información que nos pueda ser útil. ¿Ustedes tienen o tuvieron algún tipo de enemistad con alguien?, siguió indagando el inspector.

- No que recuerde en este momento.

De pronto se escuchó unos golpes en el portón.

-¿Espera a alguien?Interrogó el detective

-No, respondió Javier.

En ese momento Javier se aproximó al portón y con premura preguntó.

- ¿Quién es?

-Soy Diego, Javier

Javier miró al policía y le dijo -Es el cuñado de mi esposa Paula, aunque su mujer falleció continuamos con la amistad.

-¿Qué haces aquí?

-No tenía nada que hacer así que pase a saludarte, ¿Cómo andas?

-Pésimo, ha desaparecido Paula, contesto Javier con rostro desencajado.

-No lo puedo creer ¿Qué paso? Contáme por favor, dijo Diego.

Muy en el fondo le excitaba y satisfacía el grado de angustia de Javier, por otro lado le encantaba estar cerca de los hechos.

-Ya te pondré al tanto le dijo Javier, te presento al detective Escudero, él está frente a la investigación por la desaparición de Paula.

-Buen, día su apellido es..., le pregunto el detective.

-Montes, Diego Montes, contesto presuroso.

-Hace cuanto que no ve a la pareja.

-Nos vimos como hace dos semanas ¿No es cierto Javier?

-Si aproximadamente, no recuerdo bien en este momento.

- ¿Cómo se llevaba con su cuñada?

-Disculpe, contesto Diego con cierta tención ¿Que insinúa?

-No insinúo nada, solo quiero saber cómo se llevaba.

-Para mí Paula es como una hermana.

-Está bien concluyo el detective, es todo por ahora, me voy.

Cuando ya se había ido el detective, tuvieron una extensa charla café de por medio hasta que Diego dio por concluida su visita. Lo saludó afectuosamente y le pidió que lo tenga al tanto de cuanto ocurriese y le ofreció su ayuda para lo que necesitase. Todo marchaba a la perfección conforme al macabro plan.

A las tres de la tarde, sonó el celular de Javier, era un número oculto.

-¿Si, quién es?

Con una voz ronca, metálica y distorsionada le dijo:

-Mi nombre no es importante, lo que si debés saber es que tengo a tu esposa Paula y si no me conseguís cinco millones de pesos, no la vez más.

-Mira hijo de puta, si le haces algo a mi esposa te mato, respondió con ira.

-¿Terminaste? Tenés tres días para juntarlos, después te vuelvo a llamar para darte más detalles y ni se te ocurra ir a la policía. Apúrate que el reloj corre, tic tac, tic tac, le dijo sarcásticamente antes de cortar.

Durante un par de horas Javier se debatió entre dar o no aviso a la policía pero finalmente, decidió seguir sus instintos y con una mezcla de impotencia y desesperación llamo a la jefatura.

-Habla el detective tapia, Dígame Javier.

-Recibí una llamada de un número oculto, en donde me informaron que quieren cinco millones de pesos a cambio de mi esposa. Me dieron dos días para juntar el dinero si no la matan.

-Bueno trate de tranquilizarse, intervendremos su celular ¿Le dijo a donde llevar la plata?

-No todavía, contesto Javier, me dijo que después volvería a llamar para darme más detalles.

-Bueno estaremos atentos para cuando realice su siguiente jugada, mientras tanto trataremos de rastrear la llamada.

Javier buscó la forma de llegar a los cinco millones, sabía que llegaba a tres vendiendo unos dólares que tenía ahorrados, pero el resto no sabía de dónde lo iba a sacar.

La tarde dio paso a la noche y se dispuso a descansar, tuvo que tomar un somnífero a las dos de la mañana porque le era imposible conciliar el sueño. A las nueve de la mañana del día siguiente, Javier abrió los ojos y contempló el lado vacío de la cama, en pocos segundos lo volvió a invadir la cruel angustia. Debía esperar el llamado y consultar vía web si le habían sido otorgado el préstamo bancario solicitado.

A media mañana, volvió a sonar el teléfono con número oculto.

Una voz lo increpo del otro lado-¿Conseguiste el dinero?

-Estoy en eso, replico Javier.

-Mañana a las diez de la noche me llevas el dinero en una mochila oscura a Rivadeo y Jerónimo Luis de Cabrera, frente a la estación del ferrocarril Belgrano y esperas instrucciones. Si veo a la policía, te aseguro que no vas a tener más noticias de ella ¿Te queda claro?.

-Clarísimo, contesto Javier.

Fue en vano pedir una prueba de vida de su esposa, el criminal ya había colgado el teléfono.

Mientras tanto en la Central de policía el detective Escudero, había podido intervenir con éxito la línea de Javier Tapia. Las llamadas habían sido hechas de distintos celulares con chips pre pagos, en puntos opuestos de la ciudad por lo que era difícil lograr un patrón de búsqueda.

-Detective, le interrumpió la oficial forense Lidia, ya chequeamos la sangre y los cabellos dejados cerca del auto *Volvo* y corresponden a la misma

persona.

-Gracias oficial, respondió Escudero, que para ese momento no le quedaron dudas de que era un secuestro bien planeado.

Había llegado el día y Javier estaba muy nervioso, llegó a juntar cuatro millones. Presionado por la policía que estaba al tanto de todo, temía que ocurriese lo peor. Cuando se hicieron las diez de la noche, recibió otro llamado.

-Hola Javier te la voy hacer fácil, cruza la calle Jerónimo Luis de Cabrera, vas a ver una bicicleta sujeta a un árbol que tiene un candado cuya contraseña es triple cero. La sacas, te pones la mochila en la espalda y pedaleá con mucha rapidez hasta la calle Urquiza. Te bajás y tirás la mochila hacia tu derecha para que caiga detrás del paredón de la estación de ferrocarril. Rápido porque tu tiempo corre *tic tac, tic tac*

Javier se subió a la bici y anduvo a contra mano de la avenida hasta la calle especificada. Cuando llegó a su destino tiró el bolso tal cual se lo habían dicho. Inmediatamente, escuchó el rugido de una potente moto que supuso de gran cilindrada y que a toda velocidad salió disparada. Luego el frío silencio se apoderó de la escena, a los pocos minutos, llegó la policía que rodeó el muro sin conseguir atrapar al secuestrador que logró virarlos.

-Como sigue esto, reclamó Javier a punto de un ataque de nervios.

-Quédese tranquilo, volvió a decir el policía, vuelva a su casa y veremos que sucede.

Era media noche y todavía no recibía noticias del secuestrador, cuando de pronto sonó su celular.

-Hola, dijo Javier.

-Escúchame, vos sos pelotudo o te haces, que te dije de la cana y encima me cagaste con la guita, te dije cinco millones de pesos, no cuatro, ni tres.

-Lo que pasa es que no pude llegar a esa suma, por eso te di cuatro y la *cana* me controla desde el día de la desaparición de Paula.

- Bueno, ahora viene la segunda parte de lo que te resta por hacer, le dijo la voz intensificando cada una de las palabras. Fijate bien que tenés una sorpresita sobre el césped del patio trasero, abrila y después me contás. El sonido de la voz se interrumpió de golpe y Javier presuroso se dirigió al lugar indicado. Una caja de cartón del tamaño de un libro de bolsillo se encontraba en el lugar que le había sido indicado. Preso de una gran

curiosidad y temor a la vez, tomo la caja entre sus manos, entro a la cocina, se sentó en la silla más próxima y comenzó a abrirla lentamente. Fue tan fuerte el impacto de lo que vio, que debió reprimir un abrupto deseo de vómito. Los instantes que siguieron a ese hecho no le fueron posibles medirlos en tiempo ya que perdió la noción de éste. Cuando pudo reponerse se sostuvo entre los muebles, logró alcanzar su celular y hacer una llamada.

-Comuníqueme con el detective Escudero por favor, de parte de Javier Tapia.

-Ya lo comunico, se escuchó del otro lado de la línea, pocos minutos después el detective atendía el teléfono.

-Si Javier dígame ¿Pasó algo?

-No puedo hablar Detective, venga por favor a mi casa, es urgente.

-En diez minutos estoy por allá.

Transcurrido el tiempo que le había dicho a Javier se hizo presente en su domicilio. Javier se sentía mareado y con una fuerte taquicardia, una vez dentro de la casa, le mostro el interior de la caja, en donde se podía reconocer a una oreja cortada.

-¿Cómo llego hasta aquí la caja? Preguntó el teniente.

Javier volvió a recodar con dolor cada uno de los momentos ocurridos, mientras ponía al tanto al inspector.

-Interesante, repuso el detective. Tuvo poco tiempo entre que recogió la mochila con el dinero, huyó, contó el dinero y arrojó la caja al patio.

-¿A qué quiere llegar con esto que me dice? Pregunto Javier al detective.

-Que el secuestrador no está lejos de su casa. Nos llevaremos la caja con la oreja para ver si coincide con el ADN del pelo y la sangre que tenemos. Si vuelve a llamar, estaremos atentos.

Pasaron las horas y con ellas los días y Javier no tenía ninguna novedad. Finalmente la policía le informo, que el ADN de la oreja que le habían dejado correspondía a la sangre y cabellos encontrados junto al auto.

Con el paso de los días, la angustia y la resignación se apoderaban lentamente de él. Una semana después, lo llamó su amigo Diego para preguntar cómo iba todo e invitarlo a tomar un café en su casa.

Javier estaba a punto de decirle que no, pero algo en su corazón le decía que debía ir. Se encaminó hacia la casa de Diego que quedaba a una diez cuadras de la suya, y en un breve tiempo ya se encontraba ahí. Toco timbre y Diego le abrió la puerta. Lo hizo pasar al comedor y le dijo que lo esperase que ya volvía con el café. En una esquina del comedor se podía contemplar una estatua de mujer ligeramente cubierta por una sabana, preso de curiosidad, Javier se levantó y se puso a observarla. Sin sacar la sabana que la cubría a medias, calculó que mediría aproximadamente un metro sesenta y que era de yeso. Levantó la sabana por unos segundos para ver su rostro mejor y vio que era hermoso, pero le faltaba algo que en ese momento le estaba vedado a su percepción. Diego entró repentinamente y Javier se apresuró a volverla a cubrir.

-Veo que estabas contemplando mi obra, todavía le falta unos detalles por eso la cubrí, le respondió Diego.

-¿Detalles como cuáles?, le pregunto Javier.

-En la mano lleva una bandeja y todavía falta revestir la imagen con un dorado, respondió Diego.

-Me parece bien ¿Cuándo estará terminada?

-Dentro de una semana, la hice como un homenaje póstumo para Noelia, mi mujer.

-Muy lindo gesto de tu parte observo Javier.

Pasaron la tarde conversando y Javier aprovechó para contarle ilusamente todo lo ocurrido hasta el momento. Estaba muy angustiado y empezaba a perder sus últimas esperanzas. Pasaron un par de horas y Javier decidió volver a casa.

Mientras regresaba no podía sacarse de la cabeza la imagen de la escultura, era tan real, tan vivida, pero algo le faltaba que no le era fácil determinar. Sólo la había podido ver uno instantes nada más. Esa noche se fue a descansar temprano y en la madrugada tuvo una pesadilla horrible. Se veía caminando descalzo rumbo a la casa de Diego, era de noche, el aire era frío y en sus manos tenía la caja que le había entregado al detective. Habiendo llegado a destino, toco el timbre y cuando salió Diego a recibirlo, le entrego la caja, la abrió, tomó la oreja entre sus manos y con una sonrisa maligna le agradeció el obsequio. Con un grito ahogado se despertó de golpe. Se sentía agitado y turbado, y en ese momento comenzó a pensar seriamente que tal vez la imagen que había visto en la escultura bien podría ser la de Paula, pero debía comprobarlo.

Llamo a la jefatura de policía y pidió hablar con el detective Escudero

-Si Javier lo escucho, dijo el detective.

-Quizás le va a parecer una locura, pero creo saber dónde puede estar Paula.

-Por favor cuénteme, le respondió el detective.

Con decisión comenzó a relatarle lo que había visto el día anterior en casa de Diego y en la necesidad de volver a entrar a la casa y buscar a Paula. A Escudero le pareció una locura total y trató de disuadirlo, advirtiéndole de los problemas legales que podían ocasionarle meterse en una casa sin permiso y más haciendo una acusación sin pruebas, basadas en un sueño. Así mismo le dijo que ellos, se estaban ocupando del asunto y la investigación estaba siendo llevada por los canales adecuados. Javier, no conforme con la explicación que le dio el detective, decidió él mismo tomar cartas en el asunto.

Su deseo rayaba la locura pero debía cerciorarse, debía mirar detenidamente esa imagen con la amarga presunción de que su esposa se hallase bajo el yeso. Se tomó el tiempo de seguirlo durante una semana, saber qué hacía, cuáles eran los lugares que frecuentaba. Luego de seguirlo durante ese tiempo observó que tres días a la semana iba al gimnasio y los restantes días los ocupaba con diversas actividades en el centro de la ciudad. Tomó la determinación de entrar en la casa el día lunes cuando éste partiese para el gimnasio. Diego salía a las ocho de la mañana y regresaba a las diez. Ese día llegó, esperó que Diego se fuese y tras inspeccionar la casa vio que estaba abierta la ventana lateral. Sin dudar se subió a ella y entró en la casa. Al buscar la estatua se dio con la sorpresa de que ya no estaba en el comedor. Empezó a registrar todas las habitaciones hasta que al fin al entrar en el sótano la descubrió.

La estatua estaba junto a un molde, al costado del mismo se encontraba una mesa de trabajo y junto a ella una silla con ropa de mujer. Al verla y sentir su perfume supo inmediatamente que era de Paula. Buscó algo filoso para cortar el yeso y halló una trincheta, la cual sujetándola con fuerza la clavó en el yeso a la altura del pecho y comenzó a abrirla. Sus ojos no daban crédito a su razón, su mujer estaba allí dentro, de pronto desde un recoveco de oscuridad apareció Diego riéndose morbosamente.

-No podías con la curiosidad Javier, todos estos días me di cuenta que me seguías y estaba esperando el momento oportuno para que te decidieras a entrar. Lo interesante que ahora le vas a terminar haciendo compañía a tu mujer, eso si con las dos orejas. Saco de la chaqueta la nueve milímetros y le apunto, en ese momento se sintió la voz de alto del teniente desde las escaleras. Javier se escabulló detrás de la mesa en el momento que Diego le disparaba y erraba el impacto de la bala. El Teniente no erró y acertó

en su disparo a la altura del hombro de Diego, éste soltó la pistola y cuando estaba a punto de ser reducido por el oficial, salto hacia la mesa de trabajo, tomo trincheta que había dejado abandonada Javier, se la colocó en el cuello y haciendo presión se degolló.

Epilogo.

Tiempo después transitando por un camino que bordeaba la arboleda de su barrio, Javier contemplaba el paisaje sin dejar de sentir esa necesidad de estar, de vivir junto con su compañera, su amada ya ausente, pero no por ello menos presente. Repasaba los distintos momentos de su vida, lo egoísta que había sido en muchas cosas, lo poco sensible en otras. Todo se basaba y confluía en el prójimo, ese otro al cual nunca había mirado, quizás ni percatado de su existencia. Qué lección le dejaba la vida, que cual perla preciosa debía atesorar. Segura e inevitablemente que cada vez que volteamos para no ver, no sentir, no sensibilizarnos con el otro, con sus problemas, sus dolores, cual vil veneno creemos que nos sienta bien, pero lo que realmente ocurre, es que vamos muriendo muy lentamente a nosotros mismos.

Victor Hugo Fernandez